

17 de septiembre de 2014

Estimado Álvaro:

Vayamos al grano: hace semanas ya que he leído tu novela, pero no he querido escribirte sin darle antes otra vuelta y aún otra más. La primera lectura tiene una velocidad de tramas y desenlaces, que es tanto como decir una velocidad de destinos. Importa adónde van los personajes y cómo acaban, cosa que, tratándose de dos amantes sobre los cuales se cierne la sombra atormentada y culpable del adulterio, siempre acaba mal.

En ningún momento, sin embargo, he visto o querido ver la severa advertencia del moralista en esta ejemplar historia de segundas y terceras personas. Más que en la fatalidad, el triángulo amoroso de tu novela parece inscribirse en ese tiempo irredimible del que hablaba Eliot, en el que todo parece a la vez *estar* y *transcurrir*, esa forma vacía del tiempo de la que, como bien apuntas al final de tu libro, sólo se puede salir a través de una iluminación como la que proporciona el sueño, aunque el sueño, como ocurre en el encuentro de *Todesbanden* o en el paseo nocturno de *Schönstatt*, se embriague de pesadilla y delirio.

Recuerdo mi primera lectura de las confidencias de Claire y Jacob en *La tercera persona*, ese amor latente y atormentado, violentado por la distancia del comentario. Maravillosa la mezcla de pudor y descaro que impone el lenguaje de la carta, ese decírselo todo sin confesar nada, sin confesar al menos lo esencial, lo que, consumado en el lecho, provoca el placer y el dolor de lo ilegítimo. En esa ambigüedad y ese desgarró se quedó, como suspendida en el vacío, aquella primera novela tuya. Ahora, tras leer la historia completa uno llega a pensar que la distancia retórica de las palabras es una excusa cobarde para los amantes, y que la sinceridad que se profesan no es más que una forma elusiva de la verdad, porque dependiendo del momento sólo dice lo que halaga o hiere. Sin duda, para quebrar el círculo del tiempo irredimible de los amantes, se hacía necesaria la intervención de ese narrador pirandelliano que evoca el día más triste de la vida de Jacob o el autor enfermo de literatura que flirtea con su prima mientras defiende su novela. Gracias a él sabemos que el vértice de este triángulo amoroso es una voz clarificadora, alguien que sabe que la verdadera historia es un tejido de *datos ocultos* y que lo que se revela de ella como literatura, como arte, acaso no sea más que una forma de amor, o al menos una cortesía (es decir: "*un asunto entre seres humanos*"). Nada más y nada menos.

Gracias por este regalo. Un fuerte abrazo

Jorge.

